

Otoño

Otoño en el paisaje,
Chopin en tu piano...

En la brisa hay perfumes
de lágrimas... El hálito
de algún rosal que el viento
deshoja en el cercano
jardín...

El cielo cruza
un fugitivo bando
de golondrinas...

Muere
sobre tu seno un ramo
de jazmines...

Se extingue
por los valles lejanos
un largo y lento doble
de campanas.

Y un rayo
humilde y temeroso

de sol poniente, entrando
por el balcón, enciende
de luz el empolvado
oro de tus flotantes
cabellos destrenzados...

Otoño en el paisaje
Chopin en tu piano...

La hermana

A BIANCA MARÍA CAMARANO

En tierra lejana
tengo yo una hermana.

Siempre en Primavera
mi llegada espera
tras de la vantana.

Y a la golondrina
que en sus rejas trina,
dice con dulzura:

—¡Por aquella espina
que arrancaste a Cristo,
dime si le has visto
cruzar la llanura!—

El ave su queja
lanza temerosa,

y en la tarde rosa,
bajo el sol se aleja!

Desde su ventana,
mi pálida hermana,
pregunta al viajero
que camina triste:

—¡Por tu amor primero,
dime si le viste
por ese sendero!—

Pero el pasajero
su calvario sube,
y se aleja lento,
dejando una nube
de polvo en el viento!

Desde su ventana
a la luna grita
mi pálida hermana:

—¡Por la faz bendita
del Crucificado,
dime en qué sendero
tu rayo postrero
su paso ha alumbrado!—

La luna la vaga
llanura ilumina,
trémula declina,
y en el mar se apaga!

Acaso yo errante
pase vacilante
bajo tu ventana;

y sin conocerme,
mi pálida hermana,
preguntas al verme
venir tan lejano:

—Dime, peregrino,
¿has visto a mi hermano
por ese camino?

La cita

En la tranquila alcoba perfumada
aun la lámpara sueña, vacilante,
nimbar la palidez de tu semblante
con su suave claridad rosada.

Te presiento en las sombras la mirada,
y el corazón espera palpitante
desfallecer de amor en el amante
abrazo anunciador de tu llegada.

Aguardo, con el alma toda oídos,
la vaga ondulación de tus vestidos,
de tu ágil planta la pisada incierta,

y el leve golpe tímido y lejano
de tu pequeña y enguantada mano,
que llama—toda trémula—a mi puerta!

Scherzo

Junto a la dudosa
lámpara te espero...
leyendo...

Una rosa
muere en el florero.

Llueve...
Lentamente
desfilan las Horas...
¿Por qué, alma impaciente,
cuando esperas, lloras?

La estancia desierta
aun sobre el piano
la sonata abierta
sueña con tu mano.

Suspira en el eco
tu voz... La almohada,
que aun conserva el hueco
de tu sien, espera
la lluvia dorada
de tu cabellera...

Y perfuma el viento
de la vieja estancia,
la tibia fragancia
que exhala tu aliento.

La clara y fulgente
luz de la mañana
brilla en la ventana
abierta...

Se siente
lejana campana...

El libro cerrado,
la rosa marchita...
El reloj parado
señala la cita!

Flor de Otoño

Quando me sonríes tras la vidriera,
de las tibias tardes a la luz dorada,
fatigado y triste sobre la almohada
tu pálido rostro parece de cera.

Tienen tus sonrisas el lúgubre encanto
de una flor que muere cuando a abrirse empieza,
y hay en tus pupilas tan honda tristeza
que, al verlas, los ojos se cubren de llanto.

Golondrina herida que abandona el nido,
tu vuelo a la tierra se inclina ligero;
y eres una efímera flor de invernadero
que tan sólo vives a fuerza de cuidado!

Es más transparente cada vez tu mano,
más amarillenta tu faz demacrada;
y tu voz suspira, débil y apagada,
como si viniese de un mundo lejano.

Ves ante tus plantas el sepulcro abierto;
nostalgias de antiguas primaveras sientes,
y tus negros ojos, profundos y ardientes,
parecen dos cirios que alumbran a un muerto.

Siempre pensativa, triste y ojerosa,
notas que la vida voluble te deja;
y el eco angustioso de tu tos semeja
un golpe de azada, cavando una fosa!

Vestida de blanco, te pierdes como una
quimera de nieve, por la noche en calma,
como si tu cuerpo fuese todo alma,
como si tu alma fuese toda luna!

Y los caminantes exclaman al verte
subir de mi brazo agreste vereda:
—¡Pobre flor de Otoño, qué poco le queda!...
¡Lleva ya en la cara grabada la Muerte!

Mística

A NICOLÁS MARÍA LÓPEZ

El viejo jardín de la abadía
se alza de un santo monje la escultura,
que turba con su fúnebre blancura
de los cielos la azul monotonía.

Silenciosa las horas desafía,
con la mirada inmóvil en la altura,
y proyecta en la trémula espesura
la sombra de su gris melancolía.

No hay pájaros ni suena una plegaria
en el jardín. Tan sólo cuando vierte
el sol la sangre de su luz postrera,

se enrojece la estatua solitaria,
como si bajo el mármol de la Muerte
el rosal de la Vida floreciera!

Cristiana

A CAMILO BARGIELA

—Como en Jordán, de gracia me he bañado
con tu santa palabra milagrosa,
y es gozo la tortura que hoy me acosa,
porque yos, mi Señor, me la habéis dado!

A fuerza de cilicios he domado
la fiera de mi carne lujuriosa
y hoy te ofrezco mi cuerpo, blanca rosa,
que una lluvia de sangre ha salpicado!—

A medida que el beso de la oración su boca
refresca y santifica, toda la vida loca
y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas

lo devora en las llamas de los cruentos martirios,
poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,
y en sus manos cruzadas palidez de azucenas!

Oremus

A LUIS BARREDA

A la luz de la lámpara, un Cristo agonizante,
 desfallece en la celda. De rodillas, escuálido,
 en éxtasis los ojos, yace un asceta pálido,
 inmóvil como una mármorea estatua orante.

Clava los grandes iris en las llagas divinas,
 y los labios, que aroma de incienso la plegaria
 tiembla de unción... Su carne es una pasionaria
 que, mustia, suda sangre bajo un sayal de espinas!

A medida que el beso de la oración su boca
 refresca y santifica, toda la vida loca
 y ardiente que se extingue, estéril, en sus venas

lo devora en las llamas de cruentos martirios,
 poniendo en sus ojeras cardenales de lirios,
 y en sus manos cruzadas palidez de azucenas!

Teresa de Avila

A FELIPE TRIGO

—Tanto, Señor, en mi locura os quiero,
 y es mi pasión tan honda y tan sincera,
 que por gozar vuestro sufrir, quisiera
 ser clavada con Vos en el madero.

Presa en la cárcel de la vida, espero
 que vuestra mano libertarme quiera,
 y es tan larga y tan lóbrega la espera,
 que muero, buen Jesús, porque no muero!—

Así clamó la Santa enamorada;
 y tras largo cilicio extenuada
 se desplomó, desnuda, sobre el lecho;

el párpado caído y tembloroso,
 ávido el labio y palpitante el pecho
 esperando los besos del Esposo!

La hora mística

A MARCELINO MEZQUITA

Ni la más leve nube empaña el firmamento.
En el cielo azulado, profundo y transparente,
envuelta en el dorado nimbo del sol poniente,
se destaca la rígida silueta del convento.

Silencio... Ni una hoja se estremece en el viento.
Todo duerme en la calma de la tarde silente.
Se oye crecer el musgo y en el alma se siente
abrirse como un cáliz un dulce pensamiento.

Nuestra única esperanza vaga en los corredores
del claustro. De rodillas escucha los clamores
del órgano que entona responsos funerarios,

y bendice a los monjes que en estas tardes puras,
cavan, lentos y graves, sus propias sepulturas
al pie de los inmóviles cipreses solitarios!

Pavana

A JULIO DANTAS

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca,
toda llena de joyas
preludia una pavana.

Un rumor de abanicos,
de encajes y de gasas,
al despertar la música
en el salón se apaga.

Los muebles quedan solos...
Y riman las casacas
bordadas, con la seda
pomposa de las faldas.

Y envuelta en la humareda
de luz de las arañas
dentro de las floridas
cornucopias doradas,
ceremoniosamente
se refleja una vaga
inclinación de lentas
pelucas empolvadas...

Sobre la vieja clave,
pálida mano blanca,
toda llena de joyas,
preludia una pavana.

La rueca

A YOLANDA

La Virgen cantaba
la dueña dormía...
la rueca giraba
loca de alegría.

—¡Cordero divino
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!

Gira, rueca mía,
gira, gira al viento...
¡Amanece el día
de mi casamiento!

¡Hila con cuidado
mi velo de nieve,

que vendrá el Amado
que al altar me lleve!

Se acerca... lo siento
cruzar la llanura...
Sueña la ternura
de su voz el viento...

Gira, rueda loca
gira, gira, gira!...
¡Su labio suspira
por besar mi boca!

¡Gira, que mañana
cuando el alba cante
la clara campana,
llegará mi Amante!

Cordero divino,
tus blancos vellones
no igualan al lino
de mis ilusiones!—

La luz se apagaba;
la dueña dormía;
la virgen hilaba
y sólo se oía

la voz crepitante
de la leña seca...
¡y el loco y constante
girar de la rueda!

El clavicordio

A GONÇALVES DIAS

En el ángulo sombrío
de la estancia, silencioso,
con lejanos ritornelos de sonatas olvidadas,
sueña, abierto, el clavicordio.

A través de los cristales
empañados, el lluvioso
jardín muerto se deshoja,
esfumándose en las brumas de un crepúsculo de Otoño.

En la antigua sala flota
el perfume melancólico
de las rosas, que en las viejas porcelanas
se marchitan, lentamente, de tristeza y de abandono.

Los dorados cuadros, duermen,
olvidados, bajo el polvo,

y las sombras de los muebles, a lo largo de los muros,
melancólicas alargan sus fantásticos contornos.

La abuelita, triste, sueña... Bajo el lino de la cofia
la mirada taciturna de sus ojos,
a través de las rasgadas humedades de la lluvia,
se diluye en el recuerdo de los parques del Otoño,
donde elevan los cipreses humeantes de neblinas
sus siluetas triangulares bajo el cielo gris de plomo.

¡Está seria y está muda! Ya no alegra nuestros juegos,
ni nos narra viejos cuentos de princesas y gnomos.
Las tinieblas se insinúan a lo largo de la estancia;
lentamente, los espejos, apagando van sus tonos;
los retratos, carcomidos, en sus marcos de negrura,
palidecen y se apagan, confundidos y borrosos;
y los muebles agonizan devorados por la sombra,
murmurando viejas cosas y crujiendo bajo el polvo.

Un reloj lento y lejano
deja caer en el hondo
silencio, el agrio martillo de sus férreas campanadas
que retumban en los ángulos del salón desierto y lóbrego!

Las tinieblas han borrado
las ventanas... Y, de pronto,
en el fondo de la estancia,
a las tímidas caricias de unos dedos temblorosos,
despertando los acordes de una música olvidada
en las teclas polvorientas del antiguo clavicordio!

Términus

A BIAGIO CHIARA

En un negro silencio me he perdido.
La noche envuelve mi camino. Nada
en la sombra percibe la mirada,
ni el más leve rumor llega al oído.

No late el corazón, ni escucho el ruido
que en las sendas produce mi pisada...
¡Quién sabe, si al final de la jornada,
la propia obscuridad será el olvido!

Sin sentir, sin pensar... Estoy más muerto
que los que el mármol del sepulcro encierra!...
y soy en la aridez de este desierto,

el sueño de algún alma desterrada
que cansada de andar sobre la tierra
regresa a los misterios de la Nada!

FIN